329.9
M52p
1947

AGOTADO

CUADERNOS DE SOCIOLOGIA

LOS PARTIDOS POLITICOS

LUCIO MENDIETA Y NUÑEZ

BIBLIOTECA DE ENSAYOS SOCIOLOGICOS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
UNIVERSIDAD NACIONAL
MEXICO, D. F.

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
BOOKSTACKS

LOS PARTIDOS POLITICOS

CUADERNOS DE SOCIOLOGIA

LOS PARTIDOS POLITICOS

por

LUCIO MENDIETA Y NUÑEZ

BIBLIOTECA DE ENSAYOS SOCIOLOGICOS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
UNIVERSIDAD NACIONAL
MEXICO, D. F.

329.9
M52p
1947

CAPITULO I

Proemio. Definición. Clasificación

Es un hecho evidente que la sociedad se halla integrada por grupos y no por la simple convivencia de individuos. La familia es el primer grupo social fundado en necesidades biológicas, en afectos e intereses; pero al lado suyo y a medida que progresa la organización de las sociedades humanas, van surgiendo nuevos grupos dentro de los cuales quedan incluídas las personas, unas veces por propia y deliberada voluntad y otras bajo la

gicos de mayor importancia relacionados con los partidos polîticos.

Debemos advertir, desde luego, que no tratamos de llevar a cabo un trabajo de erudición exhaustiva, sino de exponer puntos de vista personales basados en antecedentes históricos y en propias observaciones sobre hechos, siguiendo las enseñanzas de Herman Haller quien certeramente dice:

"Para conocer y explicar el mundo político, como obra del hombre histórico social (que no siempre actúa racionalmente) hace falta una vasta base de datos históricos, psicológicos y sociológicos empíricamente obtenidos, penetrando en las realidades humanas..." [2]

Empezaremos por definir lo que es un par-

[2] Herman Haller. *Concepto, desarrollo y función de la Ciencia Política.* Ed. *Revista de Derecho Privado.* Madrid, pág. 49.

tido político. Se han dado muchas definiciones al respecto.

"Llamamos partidos, dice Max Weber, a las formas de socialización que descansando en un reclutamiento (formalmente) libre, tienen como fin proporcionar poder a sus dirigentes dentro de una asociación y otorgar por ese medio a sus miembros activos determinadas probabilidades ideales o materiales (la realización de fines objetivos o el logro de ventajas personales o ambas cosas)". [3]

Von Eckardt, lo define diciendo que es "una organización para hacer posible un caudillaje político empleando conscientemente la 'idea' como medio para la adquisición de afiliados y votos, la 'convicción' como nexo entre ellos y la

[3] Max Weber. *Economía y Sociedad*. Ed. Fondo de Cultura, México. T. I, pág. 299.

'disciplina de partido' como medio para conservar la capacidad de acción y la magnitud de la organización". [4]

Italo A. Luder, en su brillante "Introducción al Estudio de los Partidos", concede especial interés al "elemento ideal" que "constituye el factor vinculatorio entre los miembros del partido" y que "está dado por el programa político-social propuesto y las aspiraciones a conquistar el poder". Con fundamento en estas ideas considera que el partido político es una "Agrupación organizada de ciudadanos, orientada hacia el poder, con un programa político-social como ideal vinculatorio, para cuya realización interviene en forma permanente en el proceso de formación de la voluntad estatal". [5]

---

[4] H. Von Eckardt. *Fundamentos de la Política*. Biblioteca Ercilla. Santiago de Chile. 1933, pág. 49.

[5] Italo A. Luder. Revista *Universidad*. Núm. 16.

En nuestro concepto, en estas y otras definiciones que conocemos, se desestima el elemento "personal" del dirigente y el elemento "interés" en su sentido materialista, que es el verdadero lazo de unión en todo partido político. El interés se traduce en el deseo de conservar una situación o de alcanzar otra o de salir de aquella en la que se sufren miserias e ignominias. No hay además, partido político sin financiamiento, pues ni aquellos que se forman al calor de la protesta y la indignación bajo los regímenes dictatoriales pueden prescindir de ciertas erogaciones que demandan la organización, la propaganda y la lucha. Ahora bien, únicamente quienes se encuentran en cualquiera de los casos señalados, se avienen a in-

Universidad Nacional del Litoral. 1945. Rep. Argentina.)

tegrar el partido y a proporcionar fondos para el mantenimiento de éste, movidos por su propio interés. El líder hace lo demás.

R. Kranenburg, niega que sea el interés la base fundamental de los partidos políticos y citando a Hume para quien "pueden existir tres bases posibles para la formación de un partido: principios, interés y afecto", dice que: Un interés común o un grupo de intereses, es decir, la participación en un interés, en una o más circunstancias importantes de la vida, constituye, en efecto, un factor que tiende a unir fuertemente a la gente en un grupo. Pero en las condiciones modernas un partido basado en el interés común de sus miembros no resulta práctico a la larga". El mismo autor afirma que Hume, en un ensayo posterior, "sabía que incluso en el siglo XVIII no era el interés la

verdadera base de partido en la Gran Bretaña".[6]

Estas ideas, erróneas en nuestro concepto, provienen de que se confunde al partido propiamente dicho con sus simpatizantes; éstos, en efecto, pueden adherirse al partido por razones puramente ideológicas y sentimentales y hasta sacrificando sus propios intereses o una parte de ellos; pero el núcleo promotor y mantenedor del partido, aun cuando disfrace o apoye con principios del más alto idealismo sus propósitos, en el fondo obra movido por un interés común.

Se dirá que cuando en un país surgen dos partidos que persiguen simplemente una forma de Gobierno: centralismo o federalismo, clara-

[6] R. Kranenburg. *Teoría Política*. Fondo de Cultura Económica. Méx., págs. 111 y siguientes.

mente se advierte que se constituyen para luchar por principios y no por interés; pero debe advertirse que en realidad, lo que domina es la idea de que tales o cuales intereses quedarán mejor salvaguardados con una u otra forma de gobierno.[7] En otras palabras los principios, en todo partido, están en función del interés.

Se dirá también que la historia ofrece ejem-

[7] J. P. Mayer refiriéndose a los Partidos tradicionales de los Estados Unidos de Norteamérica, dice:

> "Como hemos visto, los demócratas son los descendientes del partido republicano" de Jefferson y del partido demócrata de Jackson; es decir, que son originariamente los defensores de los intereses agrarios y están ligados con los derechos de los Estados. Por otra parte los republicanos mantienen las tradiciones de los federalistas y los "Whighs", es decir, están asociados primordialmente con el Este manufacturero, el capitalismo y las sociedades financieras e industriales. J. P. Mayer. *Trayectoria del Pensamiento Político.* Fondo de Cultura Económica. Méx., pág. 350.

plos de personas que han sido líderes de movimientos sociales contrarios a su clase y a sus intereses. Por ejemplo, Tiberio y Cayo Graco que en la Roma antigua, siendo nobles, "abrazaron la causa popular y propusieron leyes agrarias". [8] En América, Bolívar, que pertenecía a la clase acomodada y abrazó la causa de la independencia de varios países movido por un puro ideal de justicia; en México, Francisco I. Madero, hombre adinerado, que levantó la bandera de la no reelección y de la democracia contra el continuismo y la dictadura; y así podrían citarse otros muchos ejemplos en apariencia concluyentes. Sin embargo, el hecho de que el director de un movimiento, el líder de un partido, sea un idealista, no destru-

[8] Doctor Charles Richet. *Compendio de Historia Universal*. Segunda Edición. Ed. Araluce. Barcelona, pág. 99.

ye el hecho indiscutible de que, quienes le siguen, lo hacen movidos por sus propios intereses o de que el idealista se ponga al servicio de tales intereses por imperativos personales de justicia.

En consecuencia, para nosotros el partido político es una agrupación temporal o permanente de ciudadanos guiados por un líder y unidos por intereses comunes que tratan de satisfacer de acuerdo con un programa de principios y mediante la retención o la conquista directa del poder estatal, o ejerciendo influencia en las orientaciones del mismo.

Creemos que nuestra definición se apega a la realidad social. No hay ni ha habido en parte alguna del mundo, verdaderos partidos políticos cimentados en ideales puros; si los hubiera, cuando obtienen el poder lograrían la paz

y la felicidad de las sociedades ¿y en dónde se han logrado? En los países capitalistas, cuando menos, puede decirse que el triunfo de un partido lo único que hace es inaugurar una nueva lucha de intereses bajo nuevas condiciones. Su bondad intrínseca depende de esas condiciones.

El mismo Kranenburg se encarga de decirnos que: "Un partido basado en el interés común de parte de sus miembros obstruye la obra de organización de la opinión pública, evita la decisión ordenada por el grupo y trabaja para su dominación por una pequeña camarilla". [9] Esto es exactamente lo que ha pasado y pasa con todos los partidos políticos, en todas partes, por la preponderancia de los intereses personales sobre los ideales y los principios.

[9] Kranenburg. Ob. Cit., pág. 112.

En verdad, los partidos políticos son un complejo de los tres elementos señalados por Hume: principios, intereses y afecto, en el que predomina el segundo sobre los otros.

Los partidos políticos han sido clasificados de diversas maneras; Walter Sulbalch los agrupa en filosóficos, clasistas y de patronaje.[10] Nosotros proponemos la siguiente clasificación, vulgar si se quiere; pero por ello mismo no desdeñable, puesto que surge de los caracteres específicos ostensibles de sus tendencias y además está basada en las modalidades de forma y de fondo que generalmente adoptan:

a) Partidos derechistas.
b) Partidos izquierdistas.
c) Partidos centristas.

[10] Willems y Barreto. *Diccionario de Etnología e Sociología*. Sao Paulo, Brasil.

La existencia de partidos derechistas, de izquierda y moderados, es indiscutible, no amerita mayores explicaciones, pues en todo tiempo y en todos los países, una parte de la sociedad es conservadora, tradicionalista, mientras que otra persigue la renovación, el cambio, la transformación de las instituciones en favor de las mayorías desvalidas y desamparadas. Dentro de estas dos tendencias, caben diversas variantes doctrinarias.

Los partidos moderados son núcleos circunstanciales, de transacción, que suelen aparecer como reacciones a raíz de excesos cometidos por derechistas o izquierdistas en el uso del poder público.

Las tres categorías antes mencionadas pueden subdividirse de acuerdo con ciertas modalidades formales e intrínsecas en:

a) Partidos temporales.
b) Partidos permanentes.
c) Partidos personalistas.
d) Partidos de orientación.
e) Partidos de dominación
f) Partidos de influencia.
g) Partidos clasistas.
h) Partidos secretos.

El partido político temporal es el que se forma ocasionalmente, en vísperas de elecciones, bajo la presión de intereses sojuzgados o de ambiciones individuales, o bien en momento de honda agitación popular. La formación de esta clase de agrupaciones es frecuente en países de escasa cultura y pobre desarrollo democrático. En cuanto conquistan el poder, o fracasan, desaparecen.

Los partidos permanentes son aquellos que

han logrado una estructuración estable y que persiguen fines que logran más o menos parcialmente, lo cual les da fuerza y vida suficientes para sobrevivir a sus creadores y para afrontar las contingencias históricas; por ejemplo: los partidos de derecha y de izquierda, en que se dividen las sociedades humanas civilizadas desde tiempos remotos.

Los partidos personalistas, como su nombre lo indica, se forman en torno de una persona. No quiere decir que carezcan de principios, pero el elemento personal es el predominante y en ocasiones los ideales son simplemente un disfraz o una justificación, tras de los cuales tratan de ocultarse fines personalistas. Estos partidos se forman generalmente en países de bajo nivel cultural que aún se hallan en la época del caudillismo militarista, o en ciertas cir-

cunstancias históricas, cuando un individuo de personalidad magnética, o glorificado como héroe de grandes acontecimientos, logra reunir a su alrededor una gran suma de voluntades fascinadas por su prestigio.

Estos partidos son, por necesidad, temporales, pues unas veces abandonan la escena política expulsados por el mismo poder dictatorial que ayudaron a constituir y que ya no los necesita ni los tolera, o viven con la vida de su líder, para extinguirse con la de éste. Por tal razón atraen el terrorismo, pues sus enemigos saben que la mejor manera de acabar con ellos, es eliminando al Jefe.

En cambio los partidos de orientación aun cuando tienen líderes y aun cuando la influencia personal de alguno de ellos puede ser muy grande, en cierta época o momento, se carac-

terizan porque se hallan estructurados sobre núcleos de intereses permanentes que subsisten a través de la sucesión de sus directivos. Denominamos a estos partidos de "orientación", porque exhiben una tendencia definitiva de acuerdo con los intereses que defienden y tratan de encauzar la vida política del país en el sentido de sus aspiraciones.

Todo partido político quiere generalmente ejercer dominio sobre la cosa pública; pero sin impedir completamente la existencia y desarrollo de otros partidos. El partido que llamamos de dominación, pretende ser el único y se opone a la formación y al funcionamiento de cualquiera otro. Esta clase de partidos solamente prosperan en los países totalitarios.

Los partidos de "influencia" muchas veces, no solamente no persiguen la conquista directa

del poder sino que deliberadamente la rehuyen porque saben que si algunos de sus dirigentes forman parte de la alta burocracia del Estado, se gasta o se anula tan pronto como el público y sus propios partidarios se dan cuenta de que contradice en su acción administrativa la doctrina partidarista; contradicción ineludible porque una cosa es ser dirigente de una agrupación política dentro de la cual se defienden ciertas posiciones ideológicas unilaterales y otra ser autoridad encargada de regir los destinos de una sociedad en la que luchan varios partidos y múltiples intereses contradictorios. El partido de influencia sigue como táctica dar su apoyo a políticos militantes, a cambio del compromiso, por parte de éstos, de seguir en el poder una línea de conducta favorable a los intereses del partido.

Partido clasista es el constituído por individuos pertenecientes, en su mayoría, o en su casi totalidad, a una clase social: aristocracia, clase media, proletariado.

Por último, el partido secreto, ofrece todas las características formales y esenciales de cualquiera otro; pero su constitución y sus actividades se llevan a cabo ocultamente. En este grupo deben clasificarse los partidos terroristas, los confesionales y los de masonerías.

Estos diversos tipos de partido político no se dan en la realidad, en las formas simplistas enumeradas sino que, casi siempre, participan de las características compatibles de dos o más. Por ejemplo, un derechista puede ser temporal y oculto, personalista o permanente y de orientación, etc., etc.

CAPITULO II

Génesis de los Partidos

El origen de los partidos políticos es muy antiguo. Italo A. Luder, cita como antecedentes, "el partido democrático y aristocrático en la antigua Grecia; el de los plebeyos y de los patricios en Roma; el de los guelfos y los gibelinos en las ciudades italianas de la Edad Media"; pero, agrega, "en su cabal desarrollo y con caracteres específicos, los partidos sólo pueden darse en el clima ideológico en que crece el Estado moderno". [11]

[11] Italo A. Luder, *Op. cit.*, págs. 71 y sgts.

En seguida hace, valiéndose de las enseñanzas de diversos autores, una reseña de la evolución del pensamiento humano y de las condiciones sociales que crearon ese clima, partiendo del Renacimiento hasta nuestros días "en que transcurre el ciclo de la cultura moderna". He aquí una síntesis de esa reseña, en la que, con frecuencia, usamos sus propias palabras:

En la Edad Media la organización social descansaba en principios religiosos de carácter trascendente y sobre estamentos y jerarquías de clases "cerradas y fijas"; "cada hombre tiene su puesto en el mundo señalado por Dios y no debe evadirse de él. De generación en generación el hijo sigue la condición del padre".

El colapso de esta estructura se debió a un cambio fundamental en las ideas. El hombre reaccionó contra este determinismo fatalista y

se aplicó a resolver por sí mismo los problemas del mundo. Maquiavelo es uno de los animadores de tal cambio; enseña que debe amarse a la patria más que al alma, propugna la formación del Estado Nacional. Le sigue Bodino con su teoría de la soberanía del Estado y culmina el proceso teorético de la supremacía de éste, en la doctrina del contrato formulado por Hobbes, según la cual el hombre enajena su libertad en favor de un soberano para asegurarse la paz y el orden en la vida social.

Pero la transformación en las técnicas de producción dota de enorme poder a la industria y al comercio y da origen a la burguesía capitalista, nueva clase social que encuentra en el poder sin límites del Estado, un obstáculo al desarrollo de sus actividades, y entonces mo-

difica la sociedad "de acuerdo con sus aspiraciones y necesidades económicas". En esta empresa recibe poderosa ayuda de la acción revolucionaria de la ciencia que pone al servicio del capital valiosos descubrimientos.

La burguesía conquista el Estado, controla su omnipotencia mediante las leyes constitucionales. Locke formula la teoría de la división de los poderes, desarrollada más tarde por Montesquieu.

La democracia, en el mundo moderno, despierta con las teorías de Rousseau sobre la libertad y la igualdad como derechos naturales del hombre. En el siglo XIX vemos el triunfo del liberalismo para el que el Estado es servidor de la sociedad, no importa que sea monárquico o republicano, siempre que se

le impongan las limitaciones constitucionales que garanticen los derechos del hombre.

El liberalismo en su contenido político es una democracia minoritaria, dirigida por "élites". Su contenido económico se basa en la teoría del *laisser faire*.

"Pero la burguesía no pudo evitar que la lógica inmanente de la exigencia político-social de libertad e igualdad, única legitimación de su poder, operase sobre los sectores sociales económicamente inferiores"; ellos se organizan y tratan de participar en la dirección del Estado. Este, ante la lucha creciente de los grupos económicos, ya no puede dejar al libre juego de los factores sociales el desarrollo de la vida colectiva, se ve obligado a intervenir, a dirigir la economía social.

Según Mannheim, citado por el autor a

quien venimos glosando, en la época actual asistimos a una transformación de la sociedad que se opera:

a) Por el paso del *laisser faire,* hacia una sociedad planificada.

b) Por el paso de la democracia de minorías, a una sociedad de masas.

c) Por cambios en la técnica social que se traducen en cambios profundos en la vida social.

La sociedad actual es, en consecuencia, una sociedad de masas; éstas que antes desempeñaban un papel pasivo, alcanzan hoy participación activa en la vida política "proceso al que se ha calificado de democratización fundamental de la sociedad".

Ahora bien, la técnica política de la democracia de masas es distinta a la del sistema

liberal-burgués. En éste el partido era una consecuencia de las libertades (de pensamiento, de reunión, etc.); en la técnica política del Estado liberal de masas, los partidos son instrumentos insustituibles para la realización de la democracia. "El centro de gravedad del Estado, según frase de Sampay, se corre del Parlamento al Partido Político" (citado por Italo A. Luder).

Así se ha llegado a la formación del clima social favorable por excelencia para los partidos políticos; pero posible solamente, en nuestro concepto dentro de una sociedad de clases. Al autor de la reseña histórica que sintetizamos, le faltó considerar el retorno al poder omnipotente del Estado en una sociedad sin clases, con la existencia de un partido único, que apunta en la Rusia Soviética.

Sin embargo, con excepción de Rusia, en todos los países capitalistas la división de la sociedad en clases y la creciente organización del proletariado, forman clima propicio, como antes se dice, para la creación de los partidos políticos.

Pero a la Sociología interesa no sólo determinar el origen histórico de los partidos políticos y la evolución social que determinó ese origen, sino también su génesis o sea el conjunto de hechos y circunstancias que motivan su aparición en el seno de las sociedades.

Nosotros pensamos que un partido político nace de la escisión de la opinión pública sobre puntos fundamentales de orientación del poder estatal, escisión condicionada, siempre, por intereses materiales de grupo.

El análisis de los motivos de escisión de la

opinión pública, generadores de los partidos políticos, es fundamental para el estudio sociológico de los mismos. Esos motivos son los siguientes:

a) El continuismo de un grupo en el poder porque despierta envidias, impide que surjan nuevos valores, lesiona los intereses de quienes no participan en la cosa pública y crea, de ese modo, un descontento general que se polariza necesariamente en una o varias agrupaciones políticas de oposición, o de depuración dentro del mismo sector gobernante, que apela a ella para conservar su hegemonía.

b) Los abusos excesivos del gobierno que provocan reacciones sociales violentas, se concretan en partidos políticos formados para eliminar al régimen abusivo.

c) Las crisis sociales que perturban profun-

damente la economía y la organización de los pueblos, también suscitan la constitución de partidos políticos que pretenden adueñarse del poder para resolverlas.

d) Las divisiones ideológicas que acompañan a la contradicción de intereses dentro de un mismo partido, son causa de que los disidentes se independicen y formen, a su vez, una nueva agrupación a menudo antagónica de aquella de la cual provienen.

e) Cuando en una sociedad se producen situaciones anormales: sojuzgamiento por otro pueblo, preponderancia de un grupo racial o de intereses extranjeros sobre los nacionales, se va formando una corriente de opinión contraria a estas fuerzas sociales preponderantes, que toma forma en agrupaciones políticas contra-

rias a los extranjeros o a los individuos de cierta raza, o al país que aparece como sojuzgador.

f) El surgimiento de una personalidad de gran atracción política (héroe, caudillo, estadista), en ciertos momentos históricos, es causa frecuente de que se organicen los partidarios de esa personalidad y que lleguen a dominar, aun cuando sea transitoriamente, a las agrupaciones políticas ya establecidas y con arraigo en la conciencia y en los intereses de fuertes núcleos sociales.

g) Por último, la proximidad de las elecciones es tiempo favorable para la formación de partidos políticos, pues entonces se recrudecen las críticas contra el régimen dominante y priva en las sociedades un deseo de renovación, todo lo cual es aprovechado por los des-

contentos para organizarse con inmediatos fines electorales.

Esta breve exposición analítica se refiere a las principales causas generadoras de los partidos políticos; pero es claro que siendo, como son los fenómenos sociales, en extremo complejos, no es posible encerrarlos totalmente dentro de clasificaciones fijas e invariables. Siempre cabe la posibilidad de que se constituyan grupos de índole política sin motivo suficiente, como las estrambóticas escuelas literarias o de pintura que de vez en vez surgen al amparo de un manifiesto y que ganan más o menos adeptos, pero cuya influencia, si llegan a tenerla, es limitada y transitoria.

Hay una relación íntima entre las causas generadoras del partido político y el tipo del mismo. Si surge para combatir el continuismo del

imperante, será doctrinario y permanente porque tendrá que elaborar una plataforma de principios divergentes de los que sustente aquél y luchar hasta desplazarlo del poder; si se forma alrededor de una personalidad, será personalista; si como reacción contra abusos intolerables de la administración pública, radical animador de la violencia.

El sociólogo, el político experimentado, pueden, analizando las condiciones sociales de un pueblo en una época o en un momento dados, de acuerdo con las motivaciones que hemos expuesto, prever la aparición de los partidos políticos, sus características y sus posibilidades. Y quien dice prever, dice evitar consecuencias ruinosas; todo dependerá de que una vez previsto el peligro se tenga la suficiente visión para evitarlo adelantándose a la constitución de

núcleos políticos, ya renovando los cuadros de la alta burocracia con nuevos valores, ya quitando banderas a los descontentos por medio de oportunas reformas legislativas y enérgicas purgas burocráticas, ya suavizando las orientaciones o modificando las circunstancias que fomentan y polarizan los movimientos de oposición.

CAPITULO III

La Doctrina y el Programa

En capítulo anterior expusimos las circunstancias que favorecen la aparición de un partido político; pero tratándose ya del acto formativo del mismo, lo más que puede decirse es que surge en el momento en que hay un consenso de ciertas voluntades en el sentido de crearlo.

En algunos países se trata de supeditar la formación de los partidos políticos a exigencias legales. La actual ley electoral mexicana,

por ejemplo, requiere un mínimo de miembros repartidos en todo el territorio de la República, la libre manifestación del consentimiento de los integrantes ante Notario Público y el registro de la organización.

Pero el nacimiento de un partido político es un hecho social que escapa a toda regla. Los requisitos de forma podrán legitimarlo, mas su existencia y su fuerza no dependen necesariamente de ellos.

Excepción hecha de los partidos secretos, puede decirse que un gran organismo legalmente constituído, carecería, sin embargo, de influencia decisiva en la vida pública de un país si no contara con el apoyo de la mayoría de los ciudadanos, apoyo que no depende, ciertamente, del volumen del partido, ni de su legitimidad.

Para comprender bien esto, es necesario tener en cuenta que los partidos políticos no reúnen en su seno a la totalidad de ciudadanos, sino que son grupos dinámicos de éstos que actúan frente a una masa enorme de personas, políticamente pasivas, cuya voluntad tratan de ganarse para llegar al poder, induciéndolas a favorecerlos con su voto en las elecciones, y a apoyar su gestión, o simplemente a no votar en su contra y a no oponerse a esta última. "Cada partido debe procurar, dice V. Eckardt, la libre adhesión del pueblo porque los demás también la persiguen, siendo fin y objeto de todos los partidos, conservar esta adhesión". [12]

Así pues, el número de componentes de un partido carece de importancia —salvo cuando se trata de trabajadores organizados— y hasta

[12] H. Von Eckardt, *Op. cit.*, pág. 62.

es de desearse que no sea excesivo porque constituiría un peligro para su existencia si se piensa que el número de puestos de alta y pequeña burocracia de que dispone el poder público es limitado, de donde resulta que si el partido triunfante no puede acomodar en ellos a todos sus miembros principales, los que se quedan fuera son una constante amenaza de contradicción y disolución.

No es el volumen, sino el valor moral del partido lo que cuenta en último análisis. Ese valor se logra por medio de la doctrina, el programa, la organización, la disciplina y la propaganda, cinco elementos fundamentales de toda agrupación política. Conviene que nos ocupemos separadamente de ellos.

En cuanto un interés común —que requiere para ser conseguido o conservado del poder

político— reúne a un grupo de ciudadanos, su primera preocupación, al constituirse en partido, estriba en formular un programa. Los programas, según la definición de R. Stammler, son "aspiraciones articuladas cuya consecución para lo futuro se propone el partido". [13]

El programa es, en consecuencia, la base de todo partido político. No se le concibe sin él. En cambio, otras agrupaciones sociales pueden existir sin programa definido, simplemente para un propósito determinado: recreativo, cultural, etc. En todo caso el programa del partido político se distingue del de cualquiera otra asociación porque no es un fin en sí mismo, sino un auxiliar, un medio para conseguir el poder del Estado u orientarlo, si bien es verdad que es "una fuerza sociológica operan-

[13] *Tratado de Filosofía del Derecho,* Ed. Reus, pág. 435.

te" que influye más tarde, cuando triunfan quienes lo sustentan, en el ejercicio de la autoridad estatal.

Decimos que "influye" porque, contrariamente a lo que podría pensarse de acuerdo con una lógica rigurosa, el programa no obliga al partido de modo irremisible, no es un patrón invariable, sino la expresión sistemática de propósitos que pueden ser modificados en la práctica o suspendidos de acuerdo con las circunstancias del momento o de la época. Lo esencial, lo que no puede traicionarse, es la orientación que lo anima; mientras ésta sea mantenida con firmeza, las transacciones y las concesiones impuestas por imperativos políticos de ninguna manera significan o importan el abandono de los principios sino tácticas de lucha, compases de espera, absolutamente váli-

dos en tanto es posible remover los obstáculos que se oponen a la realización de tales principios.

El programa no se concreta a la defensa de los intereses del grupo que le dio vida, porque su éxito depende de la suma de voluntades no integrantes del partido que pueda ganarse y por ello se refiere principalmente a los ideales sociales, impugna "el estado efectivo de las cosas señalando cómo éstas debían ser", [14] para lograr el mayor número de simpatizantes, para inducirlos a votar en favor de sus candidatos. El programa tiene que supeditarse "a las realidades políticas del momento". "Aún en los partidos que adoptan una concepción doctrinaria ortodoxa, dice Italo A. Luder, lo circunstante inmediato define su actuación". [15]

[14] H. Von Eckardt, *Op. cit.*, pág. 61.
[15] Italo A. Luder, *Op. cit.*, pág. 139.

Por este motivo coinciden muchas veces, en puntos fundamentales, los programas de partidos políticos opuestos. Es que todos tratan de interpretar las aspiraciones colectivas; pero pretenden realizarlas de distinto modo.

Un partido conservador ofrecerá la construcción de casas baratas para obreros, legislación protectora de sus intereses, seguro social; equitativo reparto de la tierra, libertad de pensamiento y de creencias, etc., etc., y en parecida forma, un partido socialista propugnará lo mismo. La gran masa de electores no tiene otro guión para escoger, entre ambos, que la inclinación individual de cada votante por la tendencia intrínseca de los partidos y el crédito que le merezcan de acuerdo con una serie de consideraciones ajenas a la plataforma partidista.

Es por esto que nosotros, sin negar la importancia del programa en una agrupación política, estimamos que en él deben distinguirse la doctrina y los puntos concretos de realización práctica, siendo, en nuestro concepto, de mayor trascendencia la primera que los segundos. Pensamos también que doctrina y programa por sí mismos y por elevados que sean, no determinan el valor real de los partidos políticos.

Recordemos que se trata de fenómenos sociológicos siempre irreductibles a una sola causa. El programa del partido político y su doctrina son apenas dos elementos del mismo, importantes desde luego, pero no decisivos. Un grupo de canallas puede elaborar irreprochable ideología y estructurar una serie de puntos específicos cuya realización anhele en un mo-

mento dado una sociedad determinada; pero la condición moral de sus dirigentes le restará toda influencia política.

Sin extremar las cosas al grado del ejemplo que acabamos de poner, es frecuente que un partido político de recios principios fracase por falta de simpatía popular de sus candidatos o de habilidad de sus dirigentes.

Esto quiere decir, en nuestro concepto, que siendo el programa y la doctrina, esenciales en los partidos políticos, no lo son todo sino que hay, además, una serie de factores que deben coordinarse para avalorarlos: prestigio de los dirigentes y de sus adláteres, seriedad de la organización, estructura, disciplina y crédito moral de la misma, estado social favorable a los puntos básicos doctrinarios y efectividad de la propaganda.

CAPITULO IV

Organización y Disciplina

Cuando el grupo iniciador de un partido político ha formulado su doctrina y su programa, se organiza a fin de llevar a cabo los actos necesarios para alcanzar el poder estatal o ejercer influencia en las orientaciones del mismo.

Los objetos inmediatos de la organización, según Bryce, pueden resumirse así:

a) Mantener la unidad interna.

b) Reclutar nuevos adherentes por medio de la acción proselitista.

c) Fomentar el entusiasmo colectivo mediante campañas de propaganda.

d) Difundir la instrucción política. [16]

Podrían agregarse, en nuestro concepto, los siguientes puntos:

e) Mantener relaciones de cooperación, de oposición o de gestión con el gobierno del país en que actúan.

f) Orientar políticamente a la opinión pública en el sentido de los principios que sustenta el partido.

g) Crear un ambiente social favorable a sus líderes y candidatos a los puestos públicos.

La organización es en todo grupo de carácter político, factor fundamental. "Sentemos como principio, dice H. Von Eckardt, que la permanencia en la categoría política y en la influen-

[16] Citado por Italo A. Luder. Obra citada, pág. 128.

cia de un partido, depende hoy, ante todo, no de los fines ni de las declaraciones sobre su opinión y programa, sino de las circunstancias relativas en primer lugar, a la forma de su organización y en segundo a la existencia de un principio de disciplina". [17]

Nosotros creemos que la estructuración de los Partidos Políticos reviste capital importancia; mas insistimos en que no deben sobreestimarse determinados aspectos de tales agrupaciones porque éstos están en función unos de otros. Así, la organización de un partido político puede ser perfecta; pero inoperante si sus directores y candidatos al ejercicio del poder son impopulares, si el momento social es contrario a las ideas que sostiene dicho partido o

[17] H. Von Eckardt. Obra citada, pág. 50.

existen circunstancias poderosas que anulan su actuación.

No pueden darse reglas precisas de organización para los partidos políticos, ésta depende en gran parte de sus fines, de su tipo y de la situación cultural y económica de la sociedad.

En general, cabe decir que la figura sociológica del partido político se integra en una estructura jerárquica de carácter mecánico social. En otras palabras, manteniendo su unidad interna, se divide, no obstante, en varios organismos íntimamente conectados dentro de una escala de jerarquías que permite a los dirigentes accionar sobre ellos en forma parecida a la de quien hace mover un mecanismo físico, una máquina por ejemplo. Así, tenemos en primer lugar un líder asistido de una comisión central y directiva y varias comisiones encar-

gadas de diversos cometidos concretos: hacienda, administración, propaganda, estudios técnicos, etc., y comités regionales y municipales; éstos últimos constituyen las "células del partido en contacto constante, directo y permanente con la masa de afiliados". [18]

La Convención formada por los delegados de los organismos locales es la autoridad máxima que "fija la orientación partidaria", según el autor citado; pero en la realidad de las cosas, los convencionistas se limitan a discutir y aprobar los puntos concretos de la doctrina y del programa formulados por los dirigentes.

También corresponde a la convención dice Luder, juzgar la actuación de los afiliados que desempeñan cargos públicos y aplicar en última instancia las sanciones disciplinarias. Esto

[18] Italo A. Luder. *Ob. cit.*, pág. 123.

depende, pensamos nosotros, según ya hemos apuntado, del tipo del partido y de la situación cultural y económica de la sociedad, pues como veremos en capítulo subsecuente, hay países en los cuales una vez que determinada agrupación política alcanza el poder, los dirigentes y candidatos de la misma que ocupan cargos públicos no están supeditados a ella, no sirven al partido, sino que se sirven del partido y son ellos los que ejercen sobre él autoridad concluyente.

La organización de las agrupaciones políticas puede alcanzar altos grados de perfección estructural y carecer, sin embargo, de influencia porque su valor depende, en todo caso, de la disciplina y ésta de la efectividad de los medios de sanción disponibles. Un partido político bien organizado y que tiene férrea disci-

plina —en circunstancias propicias—, es una fuerza social de poder incontrastable. Los medios de coacción disciplinaria varían según el tipo del partido. Son de drasticidad máxima en los partidos secretos —generalmente de carácter extremista— pues consisten en actos de violencia contra el miembro disidente o traidor, actos que pueden llegar hasta la privación de la vida.

En los partidos formados por la burguesía sólo es posible establecer una disciplina eficiente cuando están ampliamente financiados, porque esta circunstancia les permite crear una burocracia de partido que obra bajo el incentivo de la remuneración inmediata y el temor de perder el puesto logrado. Si no cuentan con apoyo económico, su organización es necesaria-

mente débil y de escasa o ninguna fuerza social.

En cambio los partidos políticos constituídos por sindicatos de trabajadores disponen de medios disciplinarios muy efectivos: multas, suspensión, exclusión, etc. De ahí la enorme ventaja que tienen sobre los de la burguesía, aun sobre los financiados, porque en éstos la disciplina alcanza únicamente a la burocracia del partido, mientras que en aquéllos, a todos sus integrantes. Por eso, al decir en capítulo antecedente que el número de miembros de un partido no determina su importancia ni su valor, hicimos la salvedad de los constituídos por obreros sindicalizados.

Los partidos de la burguesía, en efecto, sólo disponen, generalmente, de la propaganda para ganarse simpatizantes que acudirán o no,

según su arbitrio, a votar en su favor durante las funciones electorales; en cambio las agrupaciones políticas de sindicatos pueden llevar a emitir su voto a todos sus afiliados con precisión de ejército, bajo el control de las sanciones.

Quienes juzgan esta forma de obrar superficial o interesadamente, afirman que es una violación a las libertades cívicas; pero nada es menos exacto, se trata simplemente de medios de coacción admitidos por los mismos interesados para obligarse a cumplir un compromiso libremente contraído, como la pena convencional en los contratos civiles, como las sanciones pecuniarias que establecen los estatutos de las sociedades cooperativas y aun las de capitalistas, en contra de los miembros que faltan a

juntas en las cuales deben resolverse cuestiones de importancia.

El sindicato carecería de fuerza y el movimiento obrero no sería posible si se dejara al capricho o a la buena voluntad de sus asociados el secundar una huelga votada por la mayoría o realizar todos los actos necesarios para obtener el triunfo de un candidato que se hubiesen comprometido a apoyar.

Ante la creciente fuerza de las organizaciones obreras se pretende que debe separarse su actuación sindical, económica, de la política, dejando para actuar en ésta, absoluta libertad a sus miembros; pero es un hecho que los trabajadores tienen que tomar parte en la política de su país, como tales, si no quieren ver anuladas sus conquistas económicas por gobiernos sometidos al capitalismo.

La organización de los partidos políticos está íntimamente ligada a su financiamiento. No es posible, salvo para ciertos partidos y en determinados momentos y circunstancias sociales, organizarse sin dinero. Y de la forma de conseguir ese dinero dependen la ética y la orientación de los partidos. El que paga manda, esa es la gran lacra moral de los partidos de la burguesía. En éstos, como dice justamente H. Von Eckardt, "el afiliado no se siente autorizado para intervenir con plena energía en la mayoría de las cuestiones más importantes. Contra el argumento: 'no te obligamos a pagar, esto nos los resuelven nuestros capitalistas'; o la consecuencia todavía más cruda: 'Si no lo hubiéramos hecho no nos habrían dado dinero', no es posible objetar nada. Por esto no es exagerado subrayar que no sólo la suerte de la or-

ganización de los partidos sino en general toda su política dependen del aprovisionamiento financiero de aquéllos". [19]

En cambio los partidos sindicales se sostienen con las cuotas de sus adherentes quienes por ese hecho, según observa el mismo autor, toman parte con gran interés en las actividades de los mismos. Propone que por medio de la ley se obligue a las agrupaciones políticas a publicar el origen y movimiento de sus fondos para impedir el financiamiento de organizaciones nacionales por gobiernos o partidos extranjeros; pero esto, pensamos, ofrecería dificultades prácticas insuperables. Teóricamente parece mejor que sólo se permitiese el financiamiento de los partidos por las cuotas comprobadas de sus miembros; empero tal medida, en

[18] H. Von Eckardt. *Ob. cit.*, pág. 53.

países de bajo nivel cívico, dejaría en pie nada más a los constituídos por obreros y a los confesionales.

Es ésta la más grave falla de la democracia si consideramos que ella sólo es posible en los países capitalistas, a través de los partidos políticos.

CAPITULO V

El Líder

El liderazgo es un fenómeno tan antiguo como las sociedades humanas. Todo grupo social requiere, necesariamente un guía o jefe para organizarse y subsistir dentro de un orden y con un fin que no podrían lograrse si sus miembros obraran por cuenta propia según sus voliciones y propósitos individuales.

El sociólogo norteamericano Kimbal Young, define el liderazgo como la "dominación o dirección de la conducta de otros que lleva a

cabo una persona que por motivo de aceptación voluntaria o por alguna forma de coerción, actual o potencial, está en posición de ejercer tal poder". [20]

El líder es una figura que ofrece gran interés sociológico por el papel que desempeña en las sociedades humanas, y por la influencia que ejerce en ellas. Esta influencia depende, en gran parte, del tipo del líder de que se trate. Los autores clasifican de diverso modo a los líderes; pero la división que nos parece más aceptable es la de Geiger, quien distingue al líder organizador y al creador o carismático. [21]

El líder organizador como su nombre lo indica es el que realiza la integración de un gru-

[20] Kimbal Young. *Sociology,* pág. 795.

[21] Baldus e Willems, *Diccionario de Etnología e Sociología.* Sao. Paulo, Brasil.

po, lo representa frente al Estado y ante los otros grupos sociales y lo dirige.

El líder creador o carismático no se concreta a la simple labor de estructuración grupal, ni a desempeñar solamente un papel de representante y de gestor, sino que prohija todo un movimiento ideológico, una tendencia, una orientación de carácter social hacia la cual conduce, organizadamente, a determinada agrupación o a todo un pueblo, ejerciendo sobre una u otro, ascendiente psicológico que puede llegar a la sugestión o fascinación irresistible. Se trata, pues, de algo excepcional, de un ser dotado de carisma, que es, según Max Weber, la "cualidad que pasa por extraordinaria de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas, o por lo menos específicamente

extraordinarias y no asequibles a cualquiera otro, o como enviado de Dios, o como ejemplar y en consecuencia como jefe, caudillo, guía o líder". [22]

Es claro que entre el modesto director de un sindicato y el antes aludido hay una serie de tipos intermedios cuyo poder e influencia sociales dependen de la distancia a que se encuentren de los extremos apuntados.

La figura del líder en los tiempos modernos resalta con particular importancia en las organizaciones económicas y en las políticas. Los dirigentes de las masas obreras y los que encabezan los partidos son, ahora, los principales actores en el destino de los pueblos.

Concretándonos al partido político, diremos que su fuerza depende de quien lo dirige, de las

[22] Max Weber, *Económica y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México, pág. 253.

facultades organizadoras de éste, de su habilidad, intuición, prestigio de su personalidad en suma. Un partido bien financiado y magníficamente organizado, nada vale, no obstante, sin un líder animador de grandes posibilidades.

Determinar las condiciones sociales que favorecen la aparición del líder y el origen de su fuerza, son problemas apasionantes de la Sociología. Algunos autores conceden preeminencia al elemento personal, al genio creador capaz de formar las situaciones propicias a sus fines, otros a las circunstancias y a las masas organizadas. Nosotros creemos, como Menzel que "lo probable es que la influencia recíproca entre conductor y masa, corresponda a la realidad". [23]

[23] A. Menzel, *Introducción a la Sociología*. Fondo de Cultura Económica. México, pág. 63.

Desde luego es evidente que el líder nace de cierta necesidad social concreta. "El liderazgo, dice Kimbal Young, certeramente, es una combinación de habilidad y de oportunidad".[24] Captar el momento propicio y aprovecharse de él es el primer paso del líder; pero imposible sin la aparición de ese momento.

El líder por sí solo no se concibe siquiera, existe, ineludiblemente, en razón del grupo al que dirige y del que toma su fuerza; pero una vez que ésta le es dada se produce un maravilloso fenómeno: el grupo queda dominado por él, sometido a su voluntad. El imperio de esa voluntad depende de dos factores: el carisma personal y el grado de perfeccionamiento y efectividad de la mecanización jerárquica del grupo.

[24] Kimbal Young, *Ob. cit.*, pág. 798.

Pues en efecto, si un hombre dotado de cualidades geniales dispone de medios poderosos de ejecución de sus disignios, éstos se imponen aun contra la voluntad individual de quienes integran el grupo dominado por él. Así surge el liderismo heteronómico del que Hitler fué, en esta época, ejemplo sorprendente. "Una dirección popular, dice Spengler, cuando se ha organizado, se convierte en el *instrumento* de la organización y avanza incesantemente por ese camino hasta que la organización misma se convierte en instrumento de su jefe". [25]

Así se comprende la enorme influencia de ciertos líderes en las sociedades humanas y la que ejercen, en general, los conductores de grupos.

[25] O. Spengler. *La Decadencia de Occidente*. Espasa Calpe. T. IV, pág. 278.

Nos parece indudable, sin embargo, que el carisma del líder no es del todo un don sobrehumano, sino que el grupo mismo contribuye a su formación, de otro modo no se explica cómo individuos modestos, mediocres figuras la víspera de ser investidos con el poder, se transforman, desde entonces, en caracteres dominantes, de proporciones titánicas, llenando de asombro a quienes los trataron antes en la intimidad.

Y es que todo hombre se supera en determinadas circunstancias; bastará que posea algunas cualidades latentes para que surjan llenas de potencia en un clima favorable. El líder que llega a manejar una gran organización, al sentirse dueño de un poder grandioso experimenta la sublimación de sus facultades. "Con el mando, asegura Spengler, crece el individuo

sobre sí mismo y se convierte en centro de un mundo activo". [26]

La persona investida de poder sufre una metamorfosis de la que acaso no se da cabal cuenta; pero su actitud ante la vida, su conducta, sus ademanes, se llenan de seguridad y de orgullo. Es un reflejo y una concreción de la fuerza amorfa de la masa que, a su vez, refluye sobre ella en el imperio de la nueva personalidad que acaba por subyugarla con la propia energía de que la ha dotado.

Agreguemos que el líder poderoso cuenta con una serie de elementos colaterales que le ayudan a configurarse ante el pueblo con perfiles indelebles: la propaganda objetiva, impresa y hablada. Fotógrafos, pintores y dibujantes captan los rasgos distintivos del jefe,

[26] O. Spengler. *Ob. cit.* T. IV, pág. 265.

subrayándolos en tal forma que el rostro más vulgar aparece en las reproducciones artísticas destinadas a las multitudes con caracteres excepcionales. El artículo laudatorio, el discurso ditirámbico, la anécdota ingeniosa, acaban por formarle una especie de naturaleza mítica que arraiga en la imaginación popular ganándole adeptos fieles hasta el fanatismo.

El liderazgo es, así, un fenómeno social de mutuas constantes corrientes de influencia entre el líder y la masa que se polarizan en aquél, haciendo, de ese modo, preponderar a un individuo sobre el grupo y convirtiendo la política de partidos en acuerdos y transacciones personales de sus dirigentes, la democracia en lidercracia y en ciertos momentos y bajo el signo de algún líder carismático, la lidercracia en cesarismo o dictadura.

CAPITULO VI

La propaganda

Los partidos políticos hacen uso de la propaganda con el fin de aumentar el número de sus prosélitos y para ganar a la opinión pública, o cuando menos, para evitar que les sea hostil. En consecuencia, la propaganda es una actividad que ha de considerarse, siempre, en función de la opinión pública.

¿Pero qué es la propaganda y qué la opinión pública? De la primera se han dado diversas definiciones; para H. Laswell es una "técnica

destinada a determinar actitudes y acciones humanas por la manipulación de representaciones psíquicas". F. C. Bartlett la define como "un intento de influir en la conducta —de manera especial a la opinión y conducta sociales— en tal forma que las personas que adoptan las opiniones y conductas indicadas lo hagan sin realizar en sí mismas búsqueda alguna definitiva de razones". [27]

Para nosotros, la propaganda política es un conjunto de medios de interacción humana que se aplican en forma sistemática a fin de crear, en determinado sentido, estados unitarios de conciencia colectiva sobre aspectos fundamentales de la vida social.

Esos estados de conciencia colectivos constituyen la opinión pública sobre la que resulta

[27] F. C. Bartlett. *La Propaganda Política*. Fondo de Cultura Económica, Méx., pág. 15.

difícil exponer una definición y explicar su naturaleza. Es, según Menzel, "un fenómeno psíquico de masas" y "un poder social";[28] pero ni la Psicología ni la Sociología han llegado aún a analizarla satisfactoriamente. "De cualquier modo que se explique o analice la opinión pública, expresa H. von Eckardt en su importante obra "Fundamentos de la Política", consta que existe positivamente y que este enigmático algo, creado, provocado o impulsado, desarrolla fuerzas colosales. . ."[29]

Los partidos políticos descansan sobre esas fuerzas y por ello tratan de crearlas y mantenerlas a su favor valiéndose de la propaganda, a pesar de que por medio de otras técnicas, de organización y de mecanización social, pueden realizarse actos y sostenerse actitudes aun en

[28] A. Menzel, *ob. cit.*, pág. 264.
[29] H. Von Eckhardt. *Ob. cit.*, pág. 82.

contra de la opinión pública o sin contar con ella. Así, un dictador no obstante de que dispone del formidable aparato de la Administración para hacer cumplir sus determinaciones y los líderes, de los partidos políticos o de las agrupaciones obreras, de medios disciplinarios para imponer las suyas a los miembros de sus organizaciones, apelan, siempre, a la opinión pública justificando sus actos por medio de discursos y declaraciones profusas y repetidamente difundidos. Es que, sin el apoyo de esa fuerza extraordinaria que es la opinión pública, todo poder resulta efímero.

De aquí la enorme importancia social de la propaganda. Ella existe desde la más remota antigüedad, lo que ha variado, perfeccionándose, son sus medios y sus técnicas hasta adquirir proporciones asombrosas. "La propagan-

da, hoy en día, dice Bartlett, se respira en el aire." [30]

Los actuales medios de propaganda son: la palabra, en el discurso y en la radio; la prensa, el libro, las obras literarias, teatrales y cinematográficas, la música, el canto y la danza simbólica, la fotografía, el dibujo, la pintura y la escultura. Todos los medios, en fin, de interacción humana que pueden ser controlados y dirigidos por la voluntad del hombre.

Pero en la época moderna se destaca con particular pujanza, la prensa. De ella se dice, para subrayar su influencia en la génesis de la opinión pública, que es el "cuarto poder". Algunos autores, como Spengler, le atribuyen una especie de dictadura intelectual sore las masas, de tal modo que éstas, en su concepto, son co-

[30] F. C. Bartlett. *Ob. cit.*, pág. 12.

mo rebaños obedientes a sus direcciones. "El sufragio universal, dice, no contiene ningún derecho real, ni siquiera el de elegir entre los partidos; porque los poderes, alimentados por el sufragio, dominan, merced al dinero, todos los medios espirituales de la palabra y la prensa y de esta suerte desvían la opinión del individuo sobre los partidos a su gusto..." Más adelante agrega: "... la antiguedad —y el foro romano el primero— reunía la masa popular en un campo, sólido y visible, para obligarla a hacer de sus derechos el uso que los dirigentes querían. En época "correspondiente", la política europeo-americana ha creado, por la prensa, un campo de fuerza con tensiones espirituales y monetarias, que se extiende sobre la tierra entera y en el que todo individuo está incluso, sin darse cuenta, de modo que ha de

pensar, querer y obrar como tiene por conveniente cierta dominante personalidad en lejano punto del globo..." Todavía insiste: "La democracia ha sustituído en la vida espiritual de las masas populares, el libro por el diario." "¿Qué es la verdad? se pregunta. Para la masa es lo que diario lee y oye. Ya puede un pobre tonto recluirse y reunir razones para establecer la verdad, seguirá siendo simplemente "su verdad". La otra, la verdad pública del momento, la única que importa en el mundo efectivo de las acciones y de los éxitos, es hoy un producto de la prensa. Lo que ésta quiere es la verdad. Sus jefes producen, transforman, tuercen verdades. Tres meses de labor periodística y todo el mundo ha reconocido la verdad. Sus fundamentos son irrefutables mientras haya dinero para repetirlos sin cesar." Y concluye: "La

dictadura de los jefes de partido se apoya sobre la dictadura de la prensa." [31]

En el mismo sentido se había expresado el periodista John Swinton en un discurso pronunciado en el año de 1895: "No existe en América, dijo, nada que se parezca a una prensa independiente, ni siquiera en las ciudades de provincia. Somos no más que instrumentos y vasallos de personas ricas que están entre bastidores. No somos más que marionetas. Ellos tiran del cordón y nosotros bailamos" (citado por Heller. *El Estado*. Fondo de Cultura. Méx. p. 202).

A nosotros nos parecen apasionadas estas apreciaciones que sólo encierra parte de verdad. Mientras la psicología y la sociología no despejen las incógnitas que ofrece el fenómeno

[31] O. Spengler. *Ob. cit.*, T. IV, págs. 284 a 294.

social de la opinión pública, resulta aventurada toda especulación al respecto. "Una cuestión importante, dice Menzel, supone el saber si es la prensa la que da lugar a la opinión pública o si, por el contrario, son los suscriptores y lectores de esta prensa los que determinan la orientación de ella." Piensa que: "La verdad reside, sin duda, en el término medio."

En nuestro concepto la prensa tiene, en cuanto a la propaganda, dos funciones: a) es un simple medio de difusión; b) es un órgano. En el primer caso, sin tomar partido, publica mediante retribución, como si se tratase de anuncios comerciales, los manifiestos, los discursos, las protestas, etc. etc., de todos los partidos que pueden pagar su publicidad. El público usa su propio criterio y la parte de él que puede hacerlo —porque a ello no se oponen sus pro-

pios intereses— escoge y toma partido o permanece indiferente.

En el segundo caso, el periódico se transforma en órgano de una agrupación política, rechaza la propaganda de cualquiera otra antagónica y en sus editoriales y artículos, valiéndose de escritores de prestigio y de probada habilidad, se consagra a difundir una doctrina o puntos concretos sobre determinados asuntos tratando de convencer a sus lectores y de convertirlos a sus ideas. Es claro que así, la fuerza de diarios y revistas es muy grande; pero no tanto como supone Spengler, pues ni en los países totalitarios en donde la prensa está bajo un control único puede decirse que ella determine la opinión pública; ésta se forma, en esos países, a veces, a pesar de toda propaganda en

contrario o precisamente como reacción más o menos subrepticia contra tal propaganda.

En las democracias los periódicos nunca se hallan plenamente dominados por el Gobierno ni por una sola clase de intereses, sino que unos están al servicio de distintos partidos o tendencias y otros son independientes. En todo caso siempre los hay que no venden su criterio. En consecuencia, en las democracias, contrariamente al pensamiento de Spengler, no puede hablarse, con validez científica, de una dictadura de la prensa.

Sin desconocer la función de la prensa como elemento formativo de la opinión pública, la verdad es que su valor y el de toda propaganda en general, es muy relativo, depende de múltiples circunstancias. Todos los días vemos a líderes obreros y a políticos mantener su pode-

río no obstante la más intensa propaganda desencadenada en su contra porque la confianza que les tienen sus organizaciones y la mecanización de éstas, les hace invulnerables, dentro de ciertos márgenes de tolerancia social muy amplios, a toda censura. Y tampoco es raro ver que cae un régimen de gobierno a pesar de que controle por el dinero o de otra manera, todos los medios de propaganda en su favor. [32]

Esto sucede así, porque la opinión pública

[32] Herman Heller dice a este respecto: "No hay, sin embargo, que exagerar el influjo, sin duda poderoso, de los periódicos en la formación de la opinión pública, pues hemos podido ver en tiempos próximos a nosotros cómo penetraron en el pueblo grandes movimientos políticos que no contaban con el apoyo de una importante prensa y que incluso sostenían con éxito una lucha contra ella valiéndose únicamente de discursos, hojas, etc." (El Estado. Fondo de Cultura Económica. México, pág. 202).

es una fuerza potencial cuyas reacciones permanecen aun en el misterio. "No es producto de la razón, como certeramente observa Von Eckardt, sino que depende de otros muchos factores y aunque no de un modo necesario, puede tener un fondo irracional." [33]

Los partidos políticos, tienen, ciertamente, en la propaganda, una potencia formidable para actuar sobre la opinión pública; pero necesitan manejarla con extraordinaria maestría a fin de obtener de ella los resultados apetecidos. No es omnipotente, sino que está condicionada por el momento histórico, por los sentimientos medios de moral y de justicia, por los intereses y los ideales sociales.

[33] H. Von Eckardt. *Ob. cit.*, pág. 83. En el mismo sentido Charles E. Merrian: "Lo cierto es que la conducta política es a un tiempo racional y no racional". Prólogo a la Ciencia Política. Fondo de Cultura Económica. Méx., pág. 106.

CAPITULO VII

La lucha de partidos

Los diversos partidos políticos existentes dentro de un Estado, viven en una lucha constante, dramática, que se desarrolla en distintas fases y de diferentes maneras, lucha condicionada por el estado económico y cultural de los pueblos.

La lucha a que nos referimos tiene dos aspectos, uno público y otro, casi siempre el decisivo, secreto. El primero, destinado al gran público, a conseguir adeptos, a orientar su opi-

nión en determinado sentido ostenta un carácter profundamente idealista que contribuye a despertar y a elevar el espíritu cívico y el patriotismo de los ciudadanos, si bien, muchas veces, sólo sirve para esconder lacras y miserias.

Pues la lucha de los partidos políticos es una lucha de intereses en la cual los ideales se usan, generalmente, como medios y no como fines, aun cuando en la propaganda y en sus programas o plataformas aparezca lo contrario.

El aspecto secreto de la lucha partidarista se desenvuelve en una serie de intrigas, acuerdos, pactos, etc., entre los miembros de las camarillas dirigentes, entre éstos y el gobierno, o entre los distintos grupos directores de los mismos partidos que luchan.

Los medios de agresión y de defensa empleados por los partidos políticos son varios.

En la lucha pública, el ataque en libelos, periódicos, pasquines, mitines, manifestaciones, etc., etc., que puede referirse simplemente a las doctrinas o a las personalidades de cada agrupación política, en tono polémico o de insultos que llegan, a menudo, a la difamación y a la calumnia. En la lucha secreta se usan también los procedimientos calumniosos y difamatorios, además el cohecho, el soborno y el asesinato.

Los efectos de la lucha de partidos en la vida política de un país, dependen de su régimen de gobierno. Si el poder ejecutivo está supeditado al parlamento, en este repercuten las fricciones partidistas ocasionando frecuentes cambios en la composición del Gabinete y en las orientaciones generales de la administración pública, lo que, a su vez, crea muy graves problemas de orden administrativo y social: abandono de

proyectos de larga y costosa formación para elaborar otros con sentido diverso que tal vez sufran la misma suerte al quedar concluídos o aun antes, trastornos burocráticos por la sustitución del personal directivo con el entorpecimiento correspondiente en la tramitación de los asuntos políticos, etc., etc.

En los países que no han adoptado el sistema parlamentario y en los cuales el poder ejecutivo tiene mayor fuerza, la administración pública se eterniza en manos de un solo partido, el cual para mantenerse en el poder recurre a toda clase de procedimientos hasta que su propia corrupción lo destruye.

La lucha de los partidos políticos es una lucha de grupos dentro de la sociedad cuyos ciudadanos permanecen, en su mayoría, pasivamente al margen de ella; pero que repercute

en todos los ámbitos sociales y determina acontecimientos, expedición de leyes, nuevas orientaciones en la aplicación de las mismas, cambios en la vida y en la estructura económica, en la moral social, en las relaciones internacionales.

CAPITULO VIII

Degeneración y extinción de los partidos políticos

Los partidos políticos degeneran y declinan hasta desaparecer, a veces, cuando se presentan en ellos causas internas o externas de disolución.

Entre las causas internas más importantes pueden señalarse las siguientes:

a) La formación de camarillas dirigentes cerradas y continuistas. En toda agrupación política se agitan ambiciones más o menos legí-

timas, hay individuos capaces, dinámicos, creadores, que tratan de llevar a la práctica sus ideas y cuando son sistemáticamente subestimados, actúan en el seno de su grupo como agentes de desintegración moral y material.

La mejor forma de mantener la lozanía y la fuerza de un partido consiste, sin duda, en el oportuno cambio del personal directivo de acuerdo con las situaciones sociales.

b) El predominio de los intereses materiales sobre el programa de ideales sociales cuando un partido llega al poder.

Es necesario no olvidar que si bien es cierto que todo partido político se forma al calor de intereses de grupo, le sería imposible captarse la simpatía del pueblo si únicamente atendiera a esos intereses. Por esta razón los partidos políticos se cuidan de no olvidar en sus progra-

mas o plataformas de principios, ciertas aspiraciones sociales que en un momento dado de la vida de un país, se perfilan con mayor energía. Si el partido triunfante no hace prudentes concesiones en ese sentido, pierde su ascendiente en la opinión pública y muy pronto exhibe repugnantes lacras: enriquecimiento desmedido de sus dirigentes o de los funcionarios que apoya, explotación de las masas, fraudes, concesiones ruinosas, abuso del poder, etc., etc. Al mismo tiempo, los intereses satisfechos embotan la facultades de lucha de los líderes, todo lo cual forma el clima propicio para el triunfo de la oposición que en tales codiciones, tarde o temprano, fatalmente llega.

c) El aflojamiento de la disciplina, la deficiente dirección, causan también la decadencia y desaparición de los partidos. Ello se pro-

duce cuando pierde intensidad el interés que les dió origen.

d) La falta de financiamiento adecuado es casi siempre motivo bastante para que un partido político se extinga, salvo el caso de aquellos partidos de carácter mesiánico formados por individuos de exaltadas convicciones o de los partidos nacionalistas en los pueblos oprimidos por el extranjero, que se mantienen gracias a la energía patriótica de sus integrantes.

e) Como causa externa, puede mencionarse la persecución por parte de las autoridades del poder dominante que en algunos casos logra la disolución total de algún partido político, cuando menos dentro de las fronteras del país respectivo.

Es también causa externa, el cambio de organización estatal, cuando es aceptado por la

mayoría de la población de un país, pues desde entonces marca la decadencia de los partidos ligados al régimen desaparecido y su total disolución; por ejemplo, en los países hispanoamericanos no existe ningún partido monárquico.

La degeneración de los partidos políticos tiene consecuencias directas en la vida social, porque siendo ellos los órganos dinámicos de la opinión pública a través de los cuales se influye en el poder del Estado, es claro que esa influencia depende, en todo caso, de la fuerza de los partidos y cuando éstos la pierden por cualquiera o por varias de las causas señaladas, el poder público, carente de orientaciones y de frenos, se transforma rápidamente en servidor de intereses bastardos o personales o de grupos reducidos.

Si el partido político que degenera es el

mismo que está en el poder, entonces pierde su prestigio ante el pueblo y por consiguiente el apoyo de la opinión pública, lo que le obliga a recurrir a la fuerza bruta, a medios violentos de opresión para mantenerse.

Existe, así, un interés social indudable, en que los partidos políticos de mayor importancia conserven su organización y su disciplina y actúen dentro de la más rigurosa ética política; pero desafortunadamente no hay medios legales para lograrlo porque toda intromisión del Estado en las actividades de los partidos, coartaría su libertad de acción sin la cual carecerían de objeto y de sentido.

La mutua fiscalización y la fuerza incontrastable de la opinión pública, que los partidos tratan siempre de captar y de ganarse, son los únicos medios de control social que pueden

ejercerse sobre ellos. La eficacia de estos medios depende del estado cultural de cada país y de su grado de cohesión interna. En los pueblos incultos, desunidos por diferencias raciales y culturales, los partidos políticos se forman entre la población dirigente y actúan de acuerdo con sus propios intereses ante las masas ignorantes e incapaces de hacer valer los suyos hasta que alguien las organiza para apoyarse en ellas interpretando sus necesidades y sus aspiraciones.

En los países de recia unidad nacional y de alto nivel de cultura, se establece una relación más directa entre los partidos y el pueblo, de tal modo que aquéllos, a pesar de todas las desviaciones que sufren por la presión de los intereses que los manejan, procuran evitar todo motivo interno de degeneración.

CAPITULO IX

Función social de los partidos políticos

Las funciones que desempeñan los partidos políticos en las sociedades son de extraordinaria importancia. Pueden resumirse en las siguientes:

a) En primer lugar, determinan mutuamente su propia existencia y funcionamiento. R. N. Mac Iver, considera que un partido político solamente puede actuar en tanto que hay otro divergente o diverso. [34]

---

[34] R. N. Mac Iver. *El Monstruo del Estado*. Fondo de Cultura Económica. México, pág. 151.

Kranenburg dice a este respecto: "En realidad, el Estado con un partido único, es una contradicción *in terminis* pues el significado del término "partido" es: parte o grupo dentro del Estado que persigue ciertos objetivos políticos. Si todo es homogeneizado, no puede hablarse de partido." [35]

Parece, en efecto, que si en un pueblo todos sus ciudadanos están de acuerdo en los puntos fundamentales de la vida pública, no tendría objeto la existencia de un partido único. *Tomar partido* es una expresión que indica, en el lenguaje corriente, el significado profundo de la palabra que lleva implícita la idea de que

[35] R. Kranenburg. *Teoría Política*. Fondo de Cultura Económica. México, pág. 123. En el mismo sentido Koellerenter, citado por el mismo autor. Nota a la página 123.

hay diferentes caminos frente a los cuales es posible escoger.

Sin embargo, nosotros, estando de acuerdo en el fondo con este punto de vista, porque efectivamente en la actualidad, en los países democráticos puede decirse que todo partido existe en función de otro, disentimos si se le quiere adoptar con rigor extremo pues en la realidad de las cosas una parte de la sociedad es apolítica y siendo así, cabe perfectamente la existencia y la función de un solo partido, si bien con un sentido diverso del actual, ya no frente al Estado, sino como colaborador o coadyuvante de éste, como mantenedor de una tendencia determinada ante la gran masa pasiva.

Los partidos polarizan los intereses y las

ideologías de los diversos grupos sociales y por ello, en los países capitalistas, sólo se conciben frente a otros. La existencia de un partido único se concibe en una sociedad sin clases en la cual se hubiese abolido la propiedad privada porque no habiendo intereses antagónicos, carecería de objeto la formación de distintos grupos de carácter político dentro del Estado.

b) Concretan las corrientes de la opinión pública, labor sin la cual resulta, en los países capitalistas, prácticamente imposible la democracia. "La democracia, dice Kelsen, especialmente la de tipo parlamentario, es por naturaleza, un Estado de Partidos. La voluntad colectiva se forma en la libre concurrencia de los grupos de intereses constituídos en partidos políticos. Por esta razón la democracia no es

posible sino como transacción y compromiso entre esos grupos opuestos." [36]

La misión de los partidos, según Max Ascoli, es "mediar entre el Estado y la sociedad. Las acciones y reacciones de la sociedad quedan registradas por estos órganos de mediación." [37]

c) Ejercen una labor de mutua fiscalización que los perfecciona o cuando menos retarda su degeneración.

d) Los partidos que no están en el poder son censores del que lo detenta y con sus censuras contribuyen a impedir o a atenuar los abusos de los gobernantes.

e) Impiden, dice Mac Iver, que el sistema político establecido se convierta en sistema rígido de poder. [38]

[36] Hans Kelsen. *Teoría General del Estado.* Ed. Labor, S. A. 1934, pág. 464.

[37] Citado por Mac Iver. Obra cit., pág. 152.

[38] Mac Iver. Obra cit., pág. 152.

f) Son los conductos por los cuales se canalizan las presiones sociales y movimientos de agitación, generalmente pacífica, gracias a los partidos la sociedad se mantiene dentro de un cierto equilibrio inestable, en los países capitalistas.

g) Por último diremos que los partidos políticos, en los países democráticos de carácter capitalista, son órganos no únicos desde luego; pero sí poderosos, de transformación estatal y social.

CAPITULO X

Mutua influencia de la sociedad y los partidos políticos

La sociedad humana es la resultante de múltiples factores físicos y sociales y de sus recíprocos influjos, por eso se nos ofrece como un todo extremadamente complejo. Para explicarla es preciso estudiar cada uno de esos factores y sus mutuas relaciones y además, la influencia o expresión final de ellos en el conjunto social, porque éste y no otro es, en último análisis, el objeto propio de la Sociología. [39]

[39] Expresión final no quiere decir inmóvil, sino definitiva en un momento dado.

Hemos estudiado en capítulos antecedentes los diversos elementos integrantes de los partidos políticos y nos proponemos ahora, en este capítulo siguiendo las ideas que acabamos de expresar, hacer un análisis somero de su influencia en la vida de las sociedades y de la que éstas ejercen, a su vez, sobre aquéllos.

La acción de los partidos políticos sobre las sociedades es múltiple y sus efectos varios, según la fuerza y el prestigio que tienen, los cuales dependen de los diferentes factores que ya hemos estudiado: programa, organización, disciplina, cualidades del líder, efectividad de la propaganda. Cuando su fuerza y prestigio son muy grandes, suelen determinar el estilo, el tono de una época, pues influyen en diversos aspectos de la vida colectiva, hasta en el arte y en la moda. Su influencia en la organi-

zación política es trascendental: el dominante modela todas las instituciones del Estado según sus intereses y sus doctrinas. Sin embargo los partidos de oposición y los independientes no carecen de influencia, pues con sus críticas, sus demandas, sus manifestaciones, sus representantes en los cuerpos legislativos, en la prensa, en las organizaciones capitalistas y en las obreras, alcanzan de modo más o menos preciso algunas de sus pretensiones.

Es conveniente señalar la influencia de los partidos políticos en algunas de las más importantes manifestaciones sociales, como la educación y el derecho.

En la educación, el partido político dominante posee un instrumento valiosísimo para modelar el espíritu de la juventud de acuerdo con sus doctrinas, lo cual logra si el dominio

que ejerce es absoluto. En los países democráticos en los que existe cierta libertad de enseñanza, no solamente el partido que está en el poder, sino también los de oposición, éstos por medio de instituciones particulares influyen en la educación.

"Es la clase o el grupo gobernante, dice Fernando de Azevedo, el que imprime el carácter y da el tono a la política general y, por lo tanto, a la política de educación, variable dentro de los límites prefijados por la realidad social y económica y las aspiraciones y exigencias del partido que tiene el poder." "Toda política de educación, agrega el mismo autor, está ligada en cada país a la política general de la que forma parte y depende. Tal política general, tal política educativa." [40]

[40] Fernando de Azevedo. *Sociología de la Educación*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México, págs. 401-

En México la educación estuvo durante mucho tiempo en manos del partido conservador hasta el año de 1857 en que la educación primaria quedó a cargo del Estado o bajo la vigilancia de éste y se estableció que sería laica; pero en la realidad de las cosas sólo la impartida en los establecimientos educativos oficiales se ajustaba a la disposición constitucional respectiva, pues en los colegios particulares siguió imperando el partido conservador a través del clero que regenteaba esos colegios. El partido de la revolución a partir del año de 1917, reiteró en el artículo 3° de la Constitución Política del país al laicismo de la enseñanza; pero más tarde, bajo la presión de los partidos extremistas, fué reformado ese precepto estableciéndose que la enseñanza sería socialista.

A pesar de esta disposición, en la realidad

de las cosas, ni en las escuelas oficiales se imprimió tal carácter a la educación, ni dejaron de funcionar las escuelas particulares dirigidas por la iglesia católica. Esto demuestra que no basta que un partido político esté en el poder para que logre orientar la educación pública en el sentido de su doctrina y de sus aspiraciones, sino que es necesario que ejerza un dominio total, material y espiritual lo que solamente se obtiene por la fuerza de las armas y de la propaganda sabiamente combinadas.

El ejemplo, aun vivo de la educación en Alemania, nos indica, con claridad, lo que puede lograr un partido político por medio de la educación cuando ha conseguido apoderarse de ella por completo después de crear un ambiente social propicio.

La influencia de los partidos políticos no

sólo se manifiesta en la educación sino en la cultura general del pueblo la cual depende, en gran parte, de las orientaciones que le imprima el poder mediante sus sistemas de propaganda oral o escrita, representaciones teatrales, cinematográficas, ceremonias cívicas, etc., etc.

La cultura del pueblo, a su vez, reobra sobre los partidos políticos determinando su poder, sus actitudes y sus actividades. En países de bajo nivel cultural, los partidos ejercen una influencia desorbitada porque están constituídos sólo por las minorías dirigentes que no hallan en la gran masa ni resistencia ni colaboración.

En el Derecho la influencia de los partidos políticos es evidente. El que tiene el poder modela las instituciones y dicta las leyes de acuerdo con su doctrina y sus intereses, influye en la creación y en la interpretación del Derecho

escrito. En los países sometidos a una dictadura y en los regímenes totalitarios, el dominio del partido triunfante en la legislación es completo; pero no así en los Estados democráticos pues en estos, también los partidos que no están en el poder logran conquistas que se traducen en expresiones legales.

Al lado de estas influencias que pudiéramos llamar positivas, algunos partidos ofrecen aspectos negativos: corrupción del civismo, fraudes electorales, abuso de la propaganda, maniobras y farsas para desorientar a la opinión pública, actos de coacción y de violencia.

La sociedad, a su vez, ejerce sobre los partidos políticos una acción constante y decisiva, pues de la forma en que aquella está organizada, dependen la subsistencia y las actividades de estos. La economía, la religión y los

ideales sociales, a través de esas oscuras corrientes que alimentan la opinión pública, manifiestan su influjo en las agrupaciones políticas que vienen a ser algo así como la voz y la voluntad corporizadas de los pueblos.

En los países capitalistas, la división de la sociedad en grupos económicos, determina la formación y la lucha de los partidos políticos, porque los intereses de tales grupos los inducen a unirse en su defensa. Como esos intereses son contradictorios, los partidos luchan entre sí para conseguir el poder del Estado a fin de conservarlos y de hacerlos predominar sobre los intereses de grupos antagónicos. De aquí que los partidos políticos mantengan a la sociedad en constante agitación e inquietud; su lucha es a muerte, en ella usan de toda clase de medios, hasta de los más reprobables,

para eliminarse; su lucha se encamina, quiérase o no, a la dictadura de un solo partido como único medio de conseguir un gobierno estable y un desarrollo armónico y sistemático de la obra administrativa. El más superficial análisis de la historia y del panorama actual del mundo civilizado, confirman, sin lugar a dudas, estas ideas.

En efecto, la lucha de intereses irreconciliables hace imposible, en los países capitalistas, la paz social porque todo partido triunfante se ve estorbado en su labor gubernativa, por los partidos contrarios que le provocan crisis y le acumulan obstáculos hasta desplazarlo sin otro resultado que la reiniciación de la misma lucha incesante por el poder.

Esto nos mueve a pensar que los partidos

políticos no son factores esenciales de la sociedad, sino circunstanciales, puesto que llevan en sí mismos el germen de su propia destrucción y que están llamados a desaparecer del escenario del mundo, cuando desaparezca la contradicción de los intereses sociales que los ha originado.

Pues, en verdad, parece que, en una sociedad en la que se lograra la igualdad política y económica por la abolición de la propiedad privada y por consiguiente de la división en clases fundada en intereses económicos, la existencia de partidos políticos carecería de sentido o tendrían funciones completamente diversas, como simples promotores de una verdadera democracia. No es cierto, en nuestro concepto, que la democracia sea el régimen de partidos múl-

tiples ni que sólo por medio de diversos partidos se pueda practicar la democracia. Si esta es, según la fórmula de Abraham Lincoln "el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo", el plebiscito es un medio de obtener la genuina expresión de la voluntad popular y no requiere necesariamente la formación de partidos.

Llegamos, así, a la conclusión de que los partidos políticos, tal como surgen, se constituyen y funcionan en la etapa actual evolutiva de las sociedades humanas, son un mal necesario, indispensables en los países capitalistas para el ejercicio de la democracia tal como ella es posible en tales países; que como defensores de intereses antagónicos, luchan sin descanso por el poder provocando un cambio fundamental en la estructura de las sociedades de

la cual dependen y por consiguiente, cuando se produzca ese cambio esencial, desaparecerán con su cauda de violencias, de mistificaciones y miserias.

INDICE

Pág.

Capítulo I

Proemio, Definición, Clasificación. . . 7

Capítulo II

Génesis de los Partidos. 29

Capítulo III

La Doctrina y el Programa. 43

Capítulo IV

Organización y Disciplina. 53

Capítulo V

El Líder. 67

Pág.

Capítulo VI

La propaganda. 77

Capítulo VII

La lucha de partidos. 91

Capítulo VIII

Degeneración y extinción de los partidos políticos. 97

Capítulo IX

Función social de los partidos políticos. 105

Capítulo X

Mutua influencia de la sociedad y los partidos políticos. 111

Se terminó de imprimir el día ocho de abril de 1947, en los talleres de la Editorial Stylo, Durango 290, México, D. F.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 070579526